

# EL MISTERIO DE ELCHE

Alberto Miralles

Cuando yo tenía diez años, mis padres me llevaron a la catequesis. Como era retraído, el cura interpretó —o estaba deseoso de interpretar— que yo tenía vocación, y duplicó las clases. Mientras yo escuchaba vidas de santos que se habían dejado decapitar y devorar por leones, mis amigos seguían descalabrándose en gozosas peleas de bandas, yendo de excursión al pantano y jugando a descubrir las misteriosas diferencias entre chicos y chicas.

El día en que mi doctrinador comenzó a explicarme las bondades de la penitencia, poniéndome una mano sobre el muslo, decidí condenarme para siempre. Ese día aún tuve tiempo de unirme a mi pandilla y estirarle las trenzas a una jesuitina que desde entonces me miró de otra manera, de la manera que a mí me gustaba: como a un golfo salido. Nunca más me confesé, nunca más fui a misa, nunca más recé. Mis padres, que notaron el cambio, se limitaron a preguntarme por él, sin recriminación alguna.

“No quiero que me corten los pechos como a Santa Águeda, ni que me crucifiquen boca abajo como a San Pedro. No quiero que me saquen los ojos como a Santa Lucía; ni ser asado en una parrilla como san Lorenzo, ni degollado como San Juan. No quiero que me revuelquen sobre pedazos de vidrio, ni que me entierren vivo o me metan en una tina de pez hirviendo. No quiero ser apedreado, ni azotado, ni que me arranquen la piel, ni que me corten la lengua, ni sufrir quebrantamiento de las muelas, ni tragar plomo derretido como los santos Vito, Modesto y Crescencia”.

Ante una descripción tan pormenorizada del sadismo cristiano, expuesta con tan resolutivo acento protoateo, mi padre me abrazó y nunca más volvió a tratarse el tema.

Desde entonces, cada vez menos inconscientemente, he tenido una aversión profunda por el adoctrinamiento de la Iglesia en particular y por la irracionalidad de las religiones en general. Pero ir a ver la representación del *El Misterio de Elche* supone un paréntesis en mi anticruzada. Todo lo que detesto de la Iglesia está allí, pero no puedo sustraerme a su magia y me veo hechizado como todos los presentes, gritando “¡Viva la mare de Deu!” cuando la estatua de la Virgen sube al cielo, mientras cae pan de oro y el órgano atruena embriagando nuestros sentidos y las campanas tocan a rebato. Entonces, lo confieso, lloro y aplaudo como otros, seguramente tan descreídos como yo, y comprendo la astucia de la Iglesia que utilizó el teatro —sobre todo, el teatro— para despertar nuestra devoción y que siguiera durmiendo nuestro raciocinio.

El teatro y la religión han coincidido muchas veces y eso da para reflexionar. No digo que los ritos primitivos sean teatro porque contengan todos los elementos necesarios para calificarlos de teatrales, digo que la Iglesia habló a los feligreses ignorantes a través de los Misterios, Milagros y Autos Sacramentales; digo que el ejército más poderoso de la Iglesia, los jesuitas, comprendiendo el poder de la educación, escribieron teatro escolar para que sus alumnos, al interpretarlo, quedasen contagiados de los ejemplos que escenificaban. El teatro como arma, para educar, para exhortar a la piedad cristiana y para alejar a los fieles de las diversiones paganas. Nada nuevo: el teatro siempre ha sido, es y será, aunque algunos pesi-

mistas lo duden, un formidable instrumento. El uso que se haga de él no invalida su eficacia intrínseca.

*El Misterio de Elche* es un drama musical, cantado en valenciano primitivo, sobre los últimos días de la Virgen María y su ascensión a los cielos, reclamada por su Hijo. Afortunadamente, ya ha perdido su misión evangelizadora. Hoy es un formidable espectáculo de una ingenuidad estremecedora, que por representarse exactamente igual que cuando se creó, nos ayuda a comprender mejor la sociedad en la que se produjo y a admirar la conservación de las tradiciones medievales: por ejemplo, las mujeres no pueden interpretar ningún papel, por eso a la Virgen María la encarna un adolescente al que todavía no le ha cambiado la voz, pero ya le apunta el bozo bigotero y a los ángeles, que bajan desde 36 metros en un artefacto que se abre como una granada, los interpretan hombres sin aspecto angelical que, vestidos con túnicas y tocados con flores, parecen una ensoñación passoliniana. La tramoya es la misma de sus orígenes y su manejo se transmite de padres a hijos; los personajes deben interpretarlos trabajadores ilicitanos, a excepción de San Pedro, papel que por su importancia y significación —cabeza de la Iglesia— está reservado para un sacerdote. No hay profesionales: interpretan como pueden y cantan como saben. Esa es su gloria. Ellos no actúan, celebran. Estamos ante un yacimiento antropológico amorosamente conservado. Por eso, la UNESCO ha proclamado *El Misterio de Elche* patrimonio oral e inmaterial de la humanidad. Hay, quizás, otro motivo: que la cultura oral está seriamente amenazada; por eso, esta distinción es, al mismo tiempo que un aviso, una activa movilización.

Desde que Óscar Esplá le dio unidad en los años veinte, *El Misterio de Elche* no ha variado. A nadie se le ha ocurrido, como se hace con los clásicos, adaptarlo, confundiendo lo actual con lo eterno. Este monumento se ha salvado de actualizaciones, de tergiversaciones, de desnudos gratuitos, de mensajes paralelos, de cortes y añadidos, de provocaciones innecesarias, de abaratamiento del lenguaje, de supresión o cambio de personajes. Es una suerte. Y la UNESCO debe de haber premiado también el respeto con que se ha conservado.

Las representaciones se hacen en la basílica de Santa María, el 14 de agosto la primera parte, y el 15, la segunda. Hay un ensayo general el día 13, pero no lo aconsejo porque se asiste por invitación y la iglesia se llena de turistas y autoridades que no saben comportarse porque se comportan demasiado. Las buenas son las representaciones de los dos días siguientes, con la entrada gratuita y sin seleccionar y con el pueblo desinhibido, sin importarle que le vean moquear. Entonces sí se cumple la definición de drama popular. Hay una representación más en noviembre que sirve para aglutinar las actividades de un “Festival Medieval”, pero mi consejo es que se asista desnudo de prejuicios los días 14 y 15 de agosto. Podríamos vernos allí. Vamos a gozar mucho llorando juntos y confirmando con nuestra presencia que el teatro durará bastante más que ciertas tecnologías actuales, tan avasalladoras como efímeras. Felicitémonos. ■

Esta revista ha sido editada por la AAT con la ayuda de:

